

Sobre Diálogo

Algunas precisiones y un contexto breve



Ricardo López Pérez¹
Agosto de 2018

Mucho se habla de diálogo y poco se sabe de él. Se lo invoca con frecuencia y rara vez se lo practica.

Desde luego, encarna un valor positivo, tanto para la academia como para la educación y la política. No en todas las épocas y en todos los lugares, pero en la actualidad, en las sociedades que aprecian la democracia, aparece nítidamente como un recurso deseable. A veces, incluso, con carácter de urgencia, como algo necesario y hasta obligatorio.

No puede ser de otro modo. En cualquier comunidad en la que existen asuntos no resueltos, nuevas demandas, visiones competitivas, y, por cierto, preguntas sin respuesta, el diálogo surge como una fórmula adecuada para posibilitar avances, allanar los caminos para eventuales acuerdos, y contribuir a una mejor convivencia.

Sin embargo, como en tantos otros casos, relativos a palabras de uso común, se observa una generalizada confusión. ¿Qué significa diálogo? ¿Qué es dialogar? ¿Cuál es la semejanza entre diálogo y conversación, negociación, discusión, debate? Cuestión de precisión y de sentido, de especial importancia para la academia, pero que atañe también a cualquier ciudadano involucrado con los asuntos de su comunidad.

Para agregar complejidad, Emilio Rivano sostiene que la pregunta ¿qué es el diálogo?, debe reemplazarse por otra: ¿cómo son los diálogos? No por simple capricho, sino porque ningún tratado puede abarcar todas sus formas y funciones. Los diálogos son “formas de vida”, verdaderas ecologías humanas, imposibles de reducir.

¹ Doctor en Filosofía. Profesor Asociado, Departamento de Educación en Ciencias de la Salud. Facultad de Medicina. Universidad de Chile.

Pese a ello, algunas precisiones pueden ser establecidas. De lo simple a lo complejo: diálogo es un tipo de comunicación interpersonal, una forma de intercambio, y también una clase de conversación; pero algo bien distinto de negociar, discutir o debatir. Dialogar es razonar junto a otro; pensar en una relación de reciprocidad. Equivale a un proceso de búsqueda que utiliza el contraste y la colaboración, y en el cual se participa voluntariamente. Una forma de encuentro que ubica a las personas cara a cara, y en donde importa tanto decir como escuchar. Una especie de puente a través del cual se encuentran y chocan interpretaciones y significados sobre la experiencia y el mundo de las cosas.

Recurriendo a un símil, es posible definir el pensamiento como un “diálogo consigo mismo”; pero salvo en ese caso, la experiencia dialógica exige la presencia activa de distintas personas a lo largo de un tiempo. Emilio Lledó lo establece asertivamente afirmando que no es posible dialogar sin capacidad para descubrir quién nos habla, para qué nos habla, cómo nos habla.

En su origen el vocablo *logos* significaba simplemente palabra; luego tomó el sentido de razón o discurso razonado. Así, el *logos* no consistía sólo en decir, sino al mismo tiempo en interpretar, argumentar y explicar. Los griegos lo utilizaron en dos formas principales: el “monólogo” y el “diálogo”. En el primer caso, la palabra se dirige a una audiencia que escucha y acepta, o que al menos permanece silente. En el segundo, en cambio, el proceso nace y avanza a partir de una cuestión respecto a la cual es valioso dar y recibir opiniones. De este modo, el diálogo sólo puede ocurrir si existe algún interés compartido en torno al cual ronda la duda, la indefinición, o algún deseo de problematizar, teniendo como base una disposición para expresar posiciones; y un compromiso para respetar al otro con sus diferencias.

El diálogo exige tener unas experiencias y unos conocimientos en común: varios monólogos de ningún modo harán un diálogo.

En estos términos, es fácil advertir el claro sentido ético implícito. En efecto, la racionalidad que subyace a la experiencia dialógica, apunta a la tolerancia y la aceptación recíproca. El despliegue del diálogo, y por todo el tiempo en que permanece, desaloja la experiencia del rechazo, del exterminio, y de cualquier forma de violencia. Involucra una posición de respeto a las ideas, creencias y prácticas, cualquiera que sea su origen, sin que ello signifique neutralidad, porque nada impide refutar aquello que se tolera. En cierto modo, consiste en dar a la libertad más valor que a la propia posición, privilegiar el intercambio por sobre la imposición, y apostar más por la convivencia y menos por el triunfo personal.

En un sentido medular, el diálogo sucede cuando cada participante tiene en mente a los demás, en cuanto éstos son portadores de una palabra digna de ser escuchada. Expresa, por ello, una valoración de la palabra y de las personas como tales, con independencia de sus formas de pensar y sus estilos de vida. De este modo, el ambiente dialógico está dominado por la simetría, la libertad, y, es preciso agregar, la franqueza.

Los griegos crearon precisamente un término para designar esta condición: la *parresía*. Extraviada en el tiempo, y rescatada especialmente por Michel Foucault, se origina con la unión de los vocablos *pan* (todo, completamente), y *resis*, (discurso, declaración). Surge en el siglo V aC con Eurípides (*Ión*, 673), y expresa simultáneamente la libertad y la franqueza en el lenguaje. Una forma de actividad verbal en la que una persona adopta una relación definida con la verdad y su expresión, incluso cuando ello representa un riesgo. De este modo, la palabra se proyecta en varios planos: respecto de la persona consigo misma, la crítica y la autocrítica, y respecto de toda una compleja cuestión ética asociada a la libertad y la responsabilidad. En la *parresía*, se presupone que el hablante proporciona un relato completo y exacto de lo que tiene en mente. Es un concepto que relaciona a quien habla con la verdad, en tanto se expresa de acuerdo a lo que juzga verdadero, aunque no pueda responder por la verdad en su forma absoluta.

El diálogo no puede ser un simulacro. Sería difícil entender su potencialidad, si, en efecto, los participantes encubrieran sus posiciones. Menos podría entenderse, que éstos simularan con el objetivo de engañar.

Hay que escuchar con la misma satisfacción con la que se habla, habituarse a las opiniones extrañas y todavía sentir un cierto placer en la contradicción, dice Nietzsche. Por su parte, el filósofo Gastón Gómez Lasa afirma que el proceso dialógico se constituye tan sólo cuando los participantes están dispuestos a traspasar la validez de sus propias visiones, y obtener sobre ellas un consenso mínimo, parcial o completo. Así, no hay diálogo posible sobre un asunto resuelto, clausurado para nuevas sugerencias, y con participantes convencidos de encontrarse desde ya en posesión de la verdad. Umberto Eco enfatiza su carácter abierto, y afirma que el diálogo es un intercambio entre hombres libres.

Pero hay más. El diálogo es una experiencia social e intelectual en la cual lo decisivo es el intercambio y el examen de ideas, con el propósito final de establecer su validez, su verdad o falsedad. Para Sócrates, el filósofo que consagró el diálogo como un recurso filosófico, y luego para Platón que lo inmortalizó en sus textos, la experiencia dialógica es un recurso decisivo en el esfuerzo por alcanzar la verdad.

No es un dato menor que el filósofo que inició la escritura filosófica, lo hiciera bajo la forma del diálogo. Se trata, ante todo, de una elección que determina al pensamiento, porque lo ubica en un movimiento abierto, lo hace depender de la confrontación, y todo el tiempo sometido a la presencia vital de la duda. Cualquier participante tendrá la autoridad que reside en la fuerza de su palabra.

De esta manera, el diálogo es una conversación, pero de una clase especial y distintiva. Si se enfatiza la semejanza y se oculta la diferencia, se corre el riesgo de convertir al diálogo en un concepto vacío. Mientras la conversación se queda en lo particular, igual que el debate y la negociación, el diálogo tiende por definición hacia lo universal. Todo diálogo supone un impulso para constituir un espacio racionalmente compartido. Al mismo tiempo, su puesta en escena es cada vez un testimonio de las dificultades que tiene semejante empeño.

La conversación tiende al equilibrio y la reiteración, en tanto que el diálogo requiere del desequilibrio para garantizar el movimiento. En un caso, cambia la alternancia en el uso de la palabra, pero no necesariamente se altera su núcleo de contenido: en la conversación no hay progreso, sólo un transcurrir. El diálogo, inversamente, busca avanzar poniendo en tensión al pensamiento; y ello se logra mediante una dinámica de contradicción y síntesis, de confrontación y superación.

Desde su origen, el diálogo que propone Sócrates está esencialmente vinculado a la pregunta. Inevitablemente, pues, será un tipo de intercambio que se pone en marcha mediante la formulación de interrogantes, y se desarrolla en un esfuerzo compartido por construir respuestas. Un entrecruzamiento de preguntas y respuestas, según la expresión que propone Gómez Lasa. Es una interrogante lo que inicia el diálogo; y es un camino abierto y sin destino garantizado lo que mejor lo caracteriza.

Este es el fenómeno clave que da vida al diálogo. En su significado original, preguntar es sondear. Es una manifestación retórica orientada a solicitar la participación de otro; es intervenir para hacer intervenir. Se refiere a un paso preliminar del pensamiento en el intento de desarrollar nuevas ideas y conocimientos. Un paso con frecuencia precario, y normalmente sin destino asegurado, pero que actúa como un testimonio de la perplejidad característica de las personas inquietas. Generar preguntas es una condición de posibilidad para perfeccionar o cambiar estructuras de conocimiento y formas de pensar. Las hay de tipo descriptivo, de fácil respuesta, en las que sólo se busca averiguar un dato o información precisa; pero existen también las preguntas de implicación o problematizadoras, que son las que verdaderamente movilizan al pensamiento.

En la historia de la filosofía y de la ciencia, la pregunta ha sido siempre un aguijón para las conciencias y un motor de actividad fértil. Sócrates y Einstein, separados por muchos siglos, coinciden en reconocerla como el principal alimento de la inteligencia.

Martín Heidegger ha llamado la atención respecto al hecho de que la forma fundamental del preguntar en Occidente, es herencia de la filosofía griega. Cada vez que se pregunta ¿qué es esto?, se plantea una inquietud originariamente griega, asumiendo que es posible ir más allá de la apariencia y penetrar en la esencia de las cosas. El escritor Rudyard Kipling lo expresó creativamente al decir que sus seis mayores maestros han sido: ¿Por qué y cuándo, quién y cómo, dónde y qué?

Todo logro del dialógico, cualquiera que sea su profundidad, debe entenderse siempre como el resultado imperfecto de una acción humana. Cuando se corona con la aceptación, cuando unifica posiciones, el diálogo será, aún así, construcción parcial y provisoria. No hay aquí revelación de ningún tipo; no hay concesiones divinas, ni conocimientos definitivos. No opera ninguna apelación a la fe, ni una confianza visceral en alguna autoridad superior, sino el pensamiento y sus limitaciones. La verdad (si cabe para este tipo de situaciones, y si acaso es posible alcanzarla por este medio), se establece en tierra firme y jamás cae en el espacio social desde lo alto.

Porque incluso en el caso de que no se alcance el nivel de la verdad (cuestión altamente probable), ni a generar nuevo conocimiento, el diálogo con seguridad contribuye a ampliar la comprensión. Esto es, favorece el proceso de observar cada elemento dentro de los contextos a los que pertenece, o bien de integrar elementos bajo un significado unitario. Comprender es tomar en conjunto, asir varias cosas a la vez. Es reunir, organizar la experiencia según estructuras, superando el conocimiento de elementos aislados y enfatizando el conocimiento de totalidades. Para el filósofo Jorge Millas, comprender realmente algo significa verlo en función de las totalidades mayores que lo contienen; rebasando de este modo el hecho singular, proyectándolo hacia el pasado y su futuro, y en todas las direcciones del presente. Cualquiera que sean los juegos de palabras y las acrobacias de una época, dice Albert Camus, comprender es ante todo unificar.

Todo ello es esfuerzo humano. Platón se traiciona a sí mismo cuando afirma: "Para nosotros, dios debería ser la medida de todas las cosas; mucho más aún que, como dicen algunos, un hombre", (*Leyes*, 716 c). En su deseo de derribar la concepción del "hombre medida", recurre a una fórmula retórica sin raíces en su propia obra. Mucho antes, el sofista Protágoras había escrito: "El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen, como existentes; de las que no existen, como no existentes" (*Fragmento 1*). Por primera vez, se expone una formulación en la que el hombre es constructor de realidad; pero no como una exaltación de la experiencia sensorial y la individualidad, ni la formulación resumida de algún escepticismo radical. Mucho más que eso: como la expresión en clave de una concepción social del conocimiento; una propuesta no determinista relativa a su origen, sentido y valor.

Platón quiere refutar este planteamiento, pero tropieza sin advertirlo. El mismo dejó la mayoría de sus textos abiertos, inacabados. Muchos de sus *Diálogos* son técnicamente aporéticos. Esto es, chocan al final en el muro de la indefinición. Concluyen en la imposibilidad de avanzar; en caminos sin salida, en donde no hay ningún poro por donde pasar. ¿Eso es extraño? De ningún modo, no son dioses los que dialogan, sino mortales.

A diferencia de la negociación, más centrada en un juego de poder, en la competencia y en una tensión entre adversarios, el diálogo ocurre necesariamente en un espacio social simétrico. En la negociación, y en cierto modo también el debate, hay una lucha para defender y favorecer un interés. Se trata de un *agón*, pero en el sentido más restrictivo, en su dimensión de enfrentamiento.

Lo *agonístico* se relaciona con la contienda, y la convicción de que ésta constituye un factor de superación y solución de conflictos. El *agón* se convirtió en una importante institución de la cultura griega, inicialmente asociado a las ideas de reunión y combate. Con dos caras, el *agón* se sitúa en el plano de los acuerdos y en el plano de las diferencias. En su cara unificadora, apunta al grupo y a la acción colectiva, tal como está expresado en la raíz común de las palabras *agón*, *ágape* y *ágora*. También *agonía* se emparenta con ellas, porque se refiere al último combate perdido en la vida. En el marco

de un *agón* se realizan en Grecia certámenes deportivos, y en Atenas se representan tragedias, dramas satíricos y comedias.

Institución que se remonta a prácticas militares, cuyo modelo encontramos en la *Ilíada* y en la *Odisea*. Hay una continuidad evidente entre la asamblea de los guerreros y la asamblea de los ciudadanos que se congrega en el *ágora*, puesto que el debate político constituye a su modo una lucha codificada. La política democrática se acerca al *agón*: una retórica intencionada y un combate de argumentos, cuyo escenario es el espacio público. Quienes se enfrentan con palabras o contraponen discursos, forman en esta sociedad jerarquizada un grupo de iguales. A diferencia del *agón* en su sentido fuerte de enfrentamiento, en el diálogo puede haber tensión, desequilibrio, confrontación, pero no hay derrotados.

Esto último no es un detalle. De hecho, el mismo Platón lo releva al distinguir claramente entre diálogo y *erística* (*Eutidemo*). Derivada del nombre Eris y del vocablo *erizein* (disputar), la *erística* es el dudoso arte de controvertir, procurando más refutar al adversario que establecer la verdad. De acuerdo con Hesíodo, la diosa Eris o Eride, quien personifica la discordia, es hija de la Noche, y hermana de Ares, dios de la guerra; y cuenta entre sus hijos a Limo (el Hambre), Ate (el Error), Momo (la Burla), Lete (el Olvido), Álgea (el Dolor), y Pono (la Fatiga), entre otros (*Teogonía*, 225-30). Con estas raíces, la *erística* tiene desde el origen una marca infamante, y se orienta en todo momento hacia el enfrentamiento y la ganancia personal.

Así las cosas, y no podía ser de otra manera, Platón procura marcar la diferencia entre un intercambio en el cual importa prioritariamente liquidar al interlocutor, que se convierte en un rival, y alzarse con el triunfo; y otro que alienta la confrontación con el propósito de llegar a una verdad compartida.

De este modo, el diálogo no es ajeno al *agón*, pero a condición de entender que la única asimetría aceptada es la solidez intelectual. Aquella que se asienta en el dominio del conocimiento disponible, de las ideas, en la fortaleza de los argumentos, en la claridad y coherencia discursivas. El diálogo requiere de pares, de personas con igualdad de palabra, y, ante todo, preparadas para una alta exigencia intelectual.

Debe ser así, debido al sentido del diálogo como exploración en el campo de las ideas y el conocimiento. A este respecto los *Diálogos* de Platón son muy elocuentes. Inicialmente todos pueden intervenir, la entrada no requiere salvoconducto; pero en la medida en que el movimiento dialógico gana en complejidad, algunos interlocutores se ven obligados a guardar silencio. En este sentido, el diálogo platónico es despiadado: se trata ahora de pertinencia intelectual, y no de derechos civiles.

Con todo, fue el mismo Platón quien primero observó el potencial educativo del diálogo. Sabemos que en el año 387 aC, poco después de la trágica muerte de su maestro Sócrates, el filósofo fundó en la afueras de Atenas una escuela, a la que se podía llegar cruzando el barrio del Cerámico, donde trabajaban los artesanos. En ella se cultivaba sin restricciones todo el saber de la época, y se practicaba prioritariamente el diálogo, por

su ventaja epistemológica, ciertamente, pero además por su dimensión formativa y emancipadora. La tradición posterior la reconoció como *Academia*, debido a que cerca de allí estaba el jardín sagrado de Academo, un héroe ático respetado por los atenienses todavía en el período clásico.

En un sentido muy especializado, academia alude a la filosofía platónica (se habla de “antigua, media y nueva academia”, según los períodos históricos). En un sentido más amplio, se nombra genéricamente a cualquier centro de investigación, estudio y formación. Por último, nombra también la actividad universitaria asociada a la investigación y la docencia, y al conjunto de valores que presupone. Aristóteles fue estudiante de la *Academia* desde 367 aC. Luego, con méritos propios, creó una institución que tomó el nombre de Liceo, debido a que se fundó en un lugar destinado al culto de Apolo, llamado *Lýkeion* (matador de lobos). En ese lugar se reflexionaba caminando en grupo a lo largo de un *peripato* (sendero o paseo).

Posteriormente, en el año 529, el emperador Justiniano, dominado por una religiosidad excluyente, clausuró la *Academia*, por considerar que sus prácticas dialógicas eran un peligro para la formación de una recta conciencia. Así, este brillante proyecto, cuya existencia abarca cerca de mil años, concluyó bruscamente en un acto arbitrario. Lo que el propio diálogo aspiraba a superar, la ceguera y la intolerancia, fue lo que sepultó la primera universidad del mundo.

Con el tiempo, el diálogo no volvería a tener un lugar de privilegio en ninguna institución de la cultura occidental. El mismo Aristóteles, al menos en este aspecto, no prolongó los esfuerzos de su maestro. La universidad medieval, desarrollada en Europa desde el siglo XII, tampoco lo hizo. Allí se recuperaron antiguas prácticas como el monólogo, ejercitado esta vez desde la cátedra, y se crearon otras nuevas, como la clase lectiva. Se introdujeron renovados formatos para el debate, como en el caso de los exámenes y los concursos de oposición; pero no se continuó activamente con el diálogo.

En el mundo de la educación la presencia del diálogo se ha mantenido, y su demanda se ha intensificado. Claro está, infortunadamente sólo como un *deber-ser*, porque en los hechos poco se lo practica. Muchas voces han insistido en la potencia formativa del diálogo. Un destacado ejemplo de ello es Matthew Lipman, creador del *Programa de filosofía para niños*. De acuerdo a este autor, las facultades de educación deberían enfatizar el diálogo y el pensamiento reflexivo como núcleos fundamentales en la preparación de los profesores, en lugar de incidir tanto en aspectos metodológicos y de gestión en el aula.

Matthew Lipman postula que el proceso educativo debe ocurrir en una “comunidad de indagación”, entendida como un espacio en que los participantes, estudiantes y profesores, se escuchan con respeto, construyen sus ideas considerando las de los demás, se desafían para fortalecer sus argumentos, se ayudan a producir inferencias y a descubrir supuestos subyacentes. Según su posición, una comunidad así caracterizada aborda los problemas del conocimiento sin apego a fronteras disciplinarias, moviéndose

con libertad, y dejando que el pensamiento descubra su propio recorrido dentro de los márgenes del diálogo.

El diálogo supera la “ventaja cognitiva”, dice, porque los enunciados se apoyan en argumentos y los razonamientos se juzgan por sí mismos, evitando el dominio exagerado de la autoridad formal.

Desde luego hay mucho más. Autores como Howard Gardner, David Perkins y Edgar Morin, entre otros, han insistido con bastante certeza y brillo intelectual, en la necesidad de avanzar en esta dirección, privilegiando el desarrollo de disposiciones y habilidades de pensamiento; y el desarrollo del pensamiento comprensivo.

Con certeza, al diálogo le sobran virtudes. Es un concepto lleno de promesa y cargado de expectativas favorables. Sin embargo, principalmente debido a las gigantescas dificultades que tiene constituir un diálogo efectivo, unidas a la extendida incompreensión sobre sus significados fundamentales, poco de lo que se materializa efectivamente, en la academia o en la política, se acerca a lo deseable.

Bibliografía:

- BRISSON, LUC (2005). *Platón, las palabras y los mitos*. Madrid: Abada. 2005.
- CAMUS, ALBERT (2009). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza.
- COMTE-SPONVILLE, ANDRÉ (2005). *Diccionario filosófico*. Barcelona: Paidós.
- ECO, UMBERTO Y MARTINI, CARLO (1997). *¿En qué creen los que no creen?* Buenos Aires: Planeta.
- FOUCAULT, MICHEL (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. México D. F.: FCE.
- ----- (2006). *La hermenéutica del sujeto*. México D. F.: FCE.
- ----- (2004). *Verdad y discurso en la antigua Grecia*. Barcelona: Paidós.
- LIPMAN, MATTHEW (1996). *Pensamiento complejo y educación*. Madrid: De la Torre.
- LLEDÓ, EMILIO (2011). *El origen del diálogo y la ética*. Madrid: Gredos.
- LÓPEZ, RICARDO (2013). *Recorridos creativos*. Santiago: Ril.
- ----- (2013). *Diccionario de la creatividad*. Santiago: Edición Digital. (eBook; www.ediciondigital.cl)
- ----- (2012). *La razón del mito*. Santiago: Edición Digital. (eBook; www.ediciondigital.cl)
- ----- (1997). *Maestros innovadores*. Santiago: Bravo y Allende.
- GARDNER, HOWARD (2000). *La educación de la mente y el conocimiento de las disciplinas*. Barcelona: Paidós.
- ----- (2008). *Las cinco mentes del futuro*. Barcelona: Paidós.
- ----- (2011). *Verdad, belleza y bondad reformuladas*. Barcelona: Paidós.
- GÓMEZ LASA, GASTÓN (1992). *El Expediente de Sócrates*. Santiago: Universitaria.
- ----- (1980). *La Institución del diálogo filosófico*. Valdivia: Universidad Austral.
- HEIDEGGER, MARTÍN (2006). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Herder.
- MILLAS JORGE (1970). *Idea de la Filosofía*. Santiago: Universitaria.
- MORIN, EDGAR (2000). *La mente bien ordenada*. Barcelona: Seix Barral.
- PERKINS, DAVID (2003). *La escuela inteligente*. Barcelona: Gedisa.
- RIVANO, EMILIO (1994). *Estructura del diálogo*. Santiago: Bravo y Allende.
- VERNANT, JEAN-PIERRE (1989). *Los orígenes del pensamiento griego*. Madrid: Paidós. 1998.